

COMUNICADOS DE LA TORTUGA CELESTE

ANDRÉS IBÁÑEZ

Carta a un religioso

Si crees en Dios tal y como dices que crees, si crees en un Dios infinito, omnipotente, sustrato de todo lo que existe, ¿cómo puedes entonces creer que haya algo que no sea Dios o que haya seres humanos que crean en «otros» dioses o en un Dios «falso»? Si crees en un Dios que es único, ¿cómo puedes no darte cuenta de que todos los que creen en Dios creen en el mismo Dios que tú, aunque lo llamen con otro nombre y lo representen de otra forma?

Si Dios es como tú dices creer que es, entonces, ¿para qué necesita una religión? ¿Para qué necesita normas? ¿Para qué necesita prelados? El mundo entero debería ser su templo. Cada hombre debería ser su templo. Si Dios es como tú dices creer que es, entonces debería ser un Dios de los seres humanos, no un Dios de los cristianos, de los musulmanes, de los hinduistas o de los judíos. Ningún ser humano puede ser más que un ser humano, ni tampoco puede ser menos. Si Dios es una realidad, si no es sólo una idea o un bello pensamiento, y si es la Realidad última, la

ninguna. Por esa misma razón está por encima de la religión y de las religiones, ya que la religión es pura forma: leyes, preceptos inamovibles, prohibiciones, lenguaje fijado.

Decir que Dios «es amor» no es decir nada, porque de Dios no se puede decir nada. Lo que se puede decir corresponde al lenguaje, a la forma y a la mente, y Dios está más allá de la mente. Ponerse a diferenciar luego distintas formas de amor es entrar todavía más en el terreno de la forma. «Eros», «ágape», «caritas», son sólo palabras.

EL MIEDO AL CUERPO. Dios no puede «ser amor» a no ser que entendamos que el amor lo permea todo y lo une y lo explica todo. Claro que el cuerpo o la sensualidad pueden ser un obstáculo. En la vida humana todo puede ser un obstáculo; también el miedo al cuerpo, también el celibato-enfermizo, también la «pureza». No hay nada que sea en sí mismo un obstáculo para el amor o para la realización de Dios o que no pueda serlo. Tú diferencias entre el amor

LA PROHIBICIÓN DEL ISLAM DE REPRESENTAR A DIOS, LA PROHIBICIÓN DE LOS ÍDOLOS DE LA BIBLIA, LA COSTUMBRE DEL HINDUISMO A REPRESENTAR A DIOS CON LAS MÁS VARIADAS IMÁGENES, TODO APUNTA EN LA MISMA DIRECCIÓN: QUE DIOS TIENE TODAS LAS FORMAS PORQUE NO TIENE NINGUNA.

posibilidad última de lo Real, aquello que es lo Real en sí mismo, entonces, ¿cómo podría nada quedar fuera de esa realidad? ¿Por qué razón debería hacer falta cumplir ciertos preceptos, aprender ciertas normas, decir ciertas palabras para congraciarse o entrar en contacto con Dios, si Dios es lo Real? ¿Acaso no es Dios lo que es Real en nosotros? Y si no crees que Dios sea eso, entonces, ¿en qué Dios crees?

NORMAS Y LEYES. ¿Crees en un Dios compuesto de normas y leyes? Entonces se parece mucho a la naturaleza. ¿Crees en un Dios con forma? Entonces parece una creación humana. Si Dios es lo que yo creo que tú crees que es, entonces debería estar más allá de la forma, porque la forma es el reinado de la percepción humana, las categorías del pensamiento, la articulación del lenguaje. La prohibición del islam de representar a Dios, la prohibición de los ídolos de la Biblia, la costumbre del hinduismo a representar a Dios con las más variadas imágenes, hombres, mujeres, animales o símbolos, todo apunta en la misma dirección: que Dios tiene todas las formas porque no tiene

sensual y el amor que no lo es. Pero ¿cómo un ser humano podría tener un amor que no esté ligado, de algún modo, a los sentidos? ¿Y cómo podría un amor estar definido sólo por los sentidos? Amar eróticamente a una mujer o a un hombre no es amar a un cuerpo físico, una suma de huesos y músculos, sino amar a una persona, y una persona es un misterio que se hunde y se hunde sin cesar en el gran abismo de Dios. Ese límite que intentas en vano establecer entre el «cuerpo» y el «espíritu», no existe. Jamás lograrás explicar satisfactoriamente por qué el cuerpo es malo, por qué la homosexualidad es pecaminosa, por qué es preferible morir antes de practicar el sexo fuera del matrimonio. Un Dios que «creyera» ese tipo de cosas sería un Dios maligno, limitado y mezquino, y yo no lo querría cerca de mí.

Si Dios es amor, entonces no puede estar en las palabras, ni en una cierta palabra, ni en una distinción entre palabras. Ha de estar, más bien, en el amor de las palabras, en esos vínculos que las unen entre sí y que son el fundamento del lenguaje de la poesía. La mente ve diferencias, pero el corazón sólo ve semejanzas. ■



LA CRUZ DE ESPAÑA

**INDALECIO PRIETO,
SOCIALISTA Y ESPAÑOL
OCTAVIO CABEZAS**
ALGABA, MADRID, 2005
765 PÁGINAS, 27,96 EUROS

JUAN FRANCISCO FUENTES
La extraordinaria figura de Indalecio Prieto (1883-1962) carecía hasta ahora de una biografía que abar-

cara su dilatada trayectoria con el rigor que merece. Este voluminoso libro del escritor y periodista Octavio Cabezas viene a llenar ese vacío con una muy digna reconstrucción de su vida, basada en una amplia documentación de archivo y en un exhaustivo trabajo bibliográfico, aunque algo empañada por una excesiva identificación del autor con el personaje, correligionario y paisano suyo. Esta falta de espíritu crítico y una



LA EXTRAORDINARIA FIGURA DE INDALECIO PRIETO CARECÍA HASTA AHORA DE UNA BIOGRAFÍA QUE ABARCARA SU DILATADA TRAYECTORIA CON EL RIGOR QUE MERECE. EL LIBRO DEL ESCRITOR Y PERIODISTA OCTAVIO CABEZAS VIENE A LLENAR ESE VACÍO CON UNA MUY DIGNA RECONSTRUCCIÓN DE SU VIDA

siempre a gala ser «socialista a fuer de liberal». Ese socialismo liberal, próximo a la socialdemocracia, no le impidió participar en algunas operaciones políticas de muy difícil justificación en términos democráticos, como la campaña de deslegitimación de los resultados electorales de 1933, la Revolución de Octubre de 1934 e incluso la defenestración política de don Niceto Alcalá-Zamora en 1936, en la que Prieto tuvo un papel clave.

El libro, escasamente incisivo en los episodios menos gloriosos de su carrera política, no despeja tampoco ciertas dudas sobre el famoso *affaire* de la ayuda a los republicanos españoles refugiados en América.

UN ORADOR EXCEPCIONAL. Hombre hecho a sí mismo, de una inteligencia fuera de lo común y orador excepcional, sus vínculos con el mundo empresarial y con el republicanismo causaban escándalo entre muchos de sus compañeros, imbuídos del puritanismo político y social que había predicado Pablo Iglesias entre los suyos. En cambio, sus formidables cualidades como parlamentario y como ministro, sobre todo en la Cartera de Obras Públicas, le valieron el reconocimiento de amigos y enemigos: «Es el político más inteligente y hábil que ha pisado el Congreso», cuenta el autor que dijo el conde de Romanones nada más asistir, en 1918, a su debut como diputado.

Esta biografía hace hincapié, desde su propio título, en la pasión de Prieto por España, un sentimiento que se le exacerbó en el exilio, como a tantos otros dirigentes de la España vencida en 1939. De ahí que sus últimos veintitrés años de vida en México fueran para él una lenta y triste agonía, agravada por sus problemas de salud y por el drama colectivo de la emigración republicana. Recuerda Octavio Cabezas que en cierta ocasión le preguntaron al viejo Prieto cuántas cruces y condecoraciones había recibido a lo largo de su vida: «Yo sólo tengo la cruz de España», contestó: «Ésa la llevo a cuestas».

Este libro recupera una parte poco conocida –o voluntariamente olvidada– de la llamada «memoria histórica», un patriotismo de izquierdas que tuvo en el asturiano de nacimiento y vizcaíno de adopción a uno de sus máximos representantes. ■

LA GEOGRAFÍA POLÍTICA

MAURICIO WIESENTHAL

El retorno del cacique

El aforismo suele ser la forma de expresión preferida por los dandis, porque permite extraerle al pensamiento su gesto, su postura, su imagen rauda y fragmentaria: el vuelo de ángel. Así se manifestaron los cínicos en Grecia, los ilustrados elegantes como el príncipe de Ligne, los primeros románticos (Lord Byron, Stendhal, Chateaubriand, Balzac, Larra), y los genios de la rebelión moderna desde Baudelaire y Wilde a Gómez de la Serna y Picasso. Porque el dandismo ha sido siempre el grito desesperado del individuo, cuando se siente a punto de ser expropiado de sus atributos. Género sin sexo, busca la ambigüedad de lo masculino y de lo femenino en un solo espíritu, reivindicando la originalidad frente a la serie, la muerte propia frente a la masacre terrorista, la vida personal frente a todas las apariencias. El dandi se viste, pero no se disfraza. A diferencia del esteta, que no consigue liberarse nunca de las normas burguesas, el dandi renuncia a las diferencias de raza y de clase para reivindicar una genealogía humanista, literaria y espiritual. Por eso el dandi no puede rendir su obra hasta que no se convierte en fetiche, en icono, en objeto de culto, en forma inacabada. Sólo lo inconcluso («Yo Soy el que está siendo», dijo Yahvé) es divino.

No me extraña reconocer en muchos signos de nuestro tiempo un retorno al fragmento, al grafismo, al eslogan, a las formas dandis del pensamiento. Y creo que al escritor contemporáneo, si no quiere caer víctima de la crónica periodística con sus palabras contadas, sólo le queda ya la opción literaria del aforismo. Mis amigos periodistas se lamentan de que las servidumbres de la Prensa les obligan a recortar los textos. «Escribid en fragmentos –les digo–. El fragmento puede ser una forma surrealista de la escultura, mientras que la amputación es un trauma quirúrgico».

EL CUERPO DE VOLTAIRE. Cuando yo era estudiante en París me iba al Monte de Piedad, en la calle de los Blanc-Manteaux, para ver los fragmentos que empeñaron los escultores clásicos, cuando necesitaban dinero. A veces, los escultores empeñaban una pierna o un brazo de sus estatuas, para poder salir adelante. Y cuando veo en una subasta un pie o un brazo sueltos, los compro pensando que forman parte del cuerpo inacabado de Voltaire. Porque unos brazos pueden pertenecer a una Venus de Milo.

Entre los escritores que frecuentaban el Monte de Piedad de mi barrio recuerdo a Camus, a Cendrars o a Giraudoux. Sin olvidar al gran Hugo, que tuvo que rescatar de este almacén algunas joyas que había pignorado la pobre Juliette Drouet. Unos amigos

me contaron que mi querido Sacha Guitry, en uno de sus malos trances, había tenido que empeñar *La Rouge* de Toulouse Lautrec.

Pero la fragmentación, que en el arte ofrece tantas posibilidades estéticas, puede ser un drama en el futuro incierto de las sociedades modernas. Y, mientras los partidarios de la globalización quieren servirnos un monstruo irrompible –quizá de plástico–, sus adversarios nos preparan una almoneda general de fragmentos que comienza a ser el signo preocupante de la política europea. Y yo diría que estamos a punto de ver la culminación de un ciclo perverso en el que la democracia puede llevarnos, por subdivisión, a la autocracia y al despotismo de las minorías que ya proclamaron los fascistas. Probablemente soy pesimista, pero observo que hasta las izquierdas europeas, que hicieron en tiempos una revolución global e internacionalista, comienzan a fragmentarse en minorías y subminorías que tienen, como previsible final, el retorno de los caciques. El universo es así y el drama de los revolucionarios fue siempre creer que, por el caos, se alcanza la romántica libertad estelar, cuando la verdad es que la fragmentación lleva a la partícula cósmica.

FLAQUEZAS POLÍTICAS. Como defensor del individualismo romántico he creído siempre que el arte se profana cuando se abandona a las flaquezas políticas. Pero, por las mismas razones, pienso que la política se corrompe cuando tiene propósitos fragmentarios o caóticos. Y así como la subdivisión lógica de la democracia es el partido y la fragmentación del partido crea la sagrada minoría, la pulverización de las minorías –éste es el nuevo fenómeno que me preocupa– conduce fácilmente al retorno del cacique, el líder natural de la aldea.

La democracia tiene su frágil fundamento moral en la cantidad de los votantes. Por el contrario, en las sociedades muy fragmentadas el voto democrático suele favorecer a los manipuladores, a los grupos mafiosos y a los clanes. Probablemente, porque los jefes de bandas se crecen cuando no están sometidos al desgaste de la competencia y al castigo de sus iguales. Y, por eso, en los grupos reducidos –ése es uno de los peligros de la fragmentación de la democracia– se imponen enseguida los caciques.

A veces pienso que en el seno de esta frágil comunidad europea vuelven a sentirse los tambores de la cifra, de la centuria nacionalista, del fascio, del grupo. Es una pena, porque la democracia era una forma de gobierno que provocaba muchas y largas discusiones parlamentarias, pero se necesita ese alboroto para hacer callar a los caudillos. ■



EL RECORRIDO VITAL DE INDALECIO PRIETO (EN EL CENTRO DE LA IMAGEN), UNO DE LOS GRANDES PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE NUESTRO PAÍS

tendencia abusiva a reproducir citas de otros autores, a veces demasiado largas y no siempre necesarias, son tal vez los aspectos más reprochables de esta biografía.

La buena noticia, en todo caso, es que a partir de la aparición de este *Indalecio Prieto* conocemos un poco mejor a una de las tres o cuatro figuras fundamentales de la historia del socialismo español y a uno de los grandes protagonistas de la Historia contemporánea de España.

Fue Prieto un socialista atípico, porque frente al obrerismo y al marxismo bastante dogmático de otros dirigentes del PSOE, como Pablo Iglesias o Largo Caballero, tuvo